

DE LAS “SEMANAS SANTAS” EN CASTILLA A LA SEMANA SANTA CASTELLANA

Dr. José Luis Alonso Ponga

Cátedra de Estudios sobre la Tradición. Centro de Antropología Aplicada
(Universidad de Valladolid)

INTRODUCCIÓN

La Semana Santa de Valladolid se ha proyectado y se sigue proyectando como la Semana Santa castellana por antonomasia. Este epíteto refleja, probablemente, más un *desideratum* que una realidad objetiva, pues se trata de una construcción mental actual, pero que, de hecho, funciona como el paradigma pensado de lo que debe ser una Semana Santa. Se ha construido sobre realidades del Barroco y sobre otros elementos históricos o, mejor dicho, pretendidamente históricos de los que algunos están documentados y otros no tanto, pero sobre dos pilares, las imágenes y un “espíritu castellano”. El resultado de todo ello es una Semana Santa de gran repercusión cultural y turística con matices religiosos, una Semana Santa que tiene gran importancia en la consolidación de identidades y que reproduce eficazmente una realidad, primero, imaginada y, después, vivida.

La Semana Santa es un tiempo en el que bajo el pretexto de celebrar la Pasión y la Resurrección de Cristo, aunque ésta última bastante menos, pueblos y ciudades se echan a la calle o convocan en los templos a vecinos y forasteros para revivir una serie de manifestaciones, que con frecuencia son anacrónicas, pero que no por ello carecen de un profundo significado para los protagonistas y crean una honda admiración en los visitantes que acuden a ellas año tras año.

Los protagonistas en esta recreación cíclica rememoran ritos de otros años, pero sobre todo se recrean a sí mismos exponiendo a los curiosos su manera de sentir las vivencias religiosas, lo cual les muestra como grupo. También ponen de manifiesto para los forasteros la manera acerca de cómo se identifican ellos mismos como participantes en las ceremonias litúrgicas de estos días.

La Semana Santa se vive a varios niveles, pero hay una división clara entre los Oficios de la liturgia oficial, que se celebran en el templo, y las otras manifestaciones

más o menos ortodoxas, apoyadas, toleradas tácitamente o, a veces, repudiadas expresamente por la jerarquía, pero que por el contexto espacial y temporal en que se celebran tienen un arraigo tal que son de difícil erradicación.

El ciclo semanasertero da sentido a una serie de prácticas que en otro momento serían incomprensibles. Encontramos indumentarias residuales, que fuera de este contexto sonarían a disfraces, y comidas y bebidas típicas íntimamente unidas a este tiempo. Incluso, en un horizonte artístico asistimos a cierta excepcionalidad, porque accedemos a una serie de imágenes ocultas durante el resto del año que se exponen al público, para la devoción de los devotos religiosos, para el goce de los devotos del arte y para la admiración del público en general que las visita.

El espacio y el tiempo son disputados por los dos poderes, el religioso, que intenta dominar la calle, aunque sea coyunturalmente y según sus normas, y el civil que se apoya en la religión como manifestación social polisémica en beneficio de unos intereses culturales e identitarios asumidos y valorados por los ciudadanos que los viven como algo propio y específico de su lugar.

Un tercer principio, imprescindible en esta tríada, sobre la que descansa el evento son las cofradías y los cofrades. Ellos son la base la *conditio sine qua non* para el discurrir normal de las celebraciones. Su actuación es ambivalente, porque están en momentos y espacios también ambivalentes y juegan papeles excepcionales y excepcionalmente aquilatados. Su labor se desarrolla en continua negociación con los otros dos poderes, el religioso y el civil, en la necesaria puesta en escena de las procesiones. Además, hay un casi cuarto principio que es resultante de los otros tres y que introduce una nueva variable, la del control sobre algunas tallas que son la base de algunas procesiones, que, en el caso de Valladolid, casi tiene más poder de decisión que los otros poderes

representados por el Sr. Arzobispo, el Sr. Alcalde y la Junta de Cofradías.

Estamos ante un “tiempo de excepción”, que permite otras maneras de comunicación entre los diversos estratos sociales y entre las diferentes maneras de entender y vivir el tiempo de la Pasión que, además, es un tiempo vacacional y, por ende, de fiesta. La Semana Santa actual no se entiende sin la fiesta, la vacación y la holganza, bases del turismo, sin el cual o no existiría, o existiría de otra manera. El turismo de masas es el que ha puesto de moda estas manifestaciones y, por consiguiente, ha cambiado y ha determinado hasta cierto punto su *performance*. No debemos olvidar que la Semana Santa que celebra la tragedia y los sufrimientos cruentos, físicos y psíquicos, de Dios y su Madre, como espectáculo se convierte en una exhibición destinada a los que buscan nuevas sensaciones estéticas. Se puede decir, que en la procesión existen unos sentimientos, el del penitente y el del espectador, que no permanecen ajenos el uno al otro, sino que se interrelacionan consiguiendo crear algo más sublime que “el espíritu local” de la Semana Santa. Ambos sentimientos crean una atmósfera de universalidad en la que cobra un sentido más fuerte la procesión concreta a la que se asiste.

Turismo y economía e identidad y autoestima son las bases de nuestras “semanas santas”. El turismo porque, como es bien conocido, lo primero que busca una Semana Santa que se precie es la denominación, de interés turístico internacional, nacional, regional... y la economía, necesariamente, va unida al turismo. La identidad porque surge cuando el pueblo se ve reflejado en la celebración y la autoestima cuando dicha celebración es capaz de generar el orgullo de pertenecer a un grupo capaz de esta realización.

PLURISEMIA

Hay muchas maneras de participar en la celebración de los misterios de la Pasión y Muerte de Cristo. Para los creyentes practicantes, los que siguen las normas de la liturgia oficial, es imprescindible la asistencia a los oficios y prácticas piadosas; mientras que los creyentes no practicantes que por estas fechas participan con gran cariño las viven porque condensan las bases de la religión y espiritualidad, aunque no estén de acuerdo con las rúbricas de la autoridad. Ambos participan de la celebración, pero cada uno lo hace desde su perspectiva, por lo que podemos afirmar que son muchos los que participan con muchas vivencias. Para los primeros y los segundos, así como para los no creyentes, la Semana Santa es en la actualidad es “evento social” con amplios valores, uno de los cuales es el religioso. Por supuesto que éste es el más importante, pero no porque la religión se viva con intensidad, o al menos no con la misma en todos, sino porque sirve de base a otros sentimientos. La Semana Santa es un tiempo de exaltación de la religión o, si aquilatamos mejor, de diferentes modelos de

religión, de diferentes maneras de vivir esta religión, que se manifiesta a través de la religiosidad popular entendida ésta como la exaltación de las prácticas religiosas consideradas secundarias por la religión oficial.

Ésta posee los ingredientes que debe tener un magno acontecimiento que interpela al hombre como lo hace cualquier evento que hunde sus raíces en lo más antiguo de la tradición, en cultos cósmicos de un equinoccio de primavera superado y enriquecido por la religión judía, primero, y por la cristiana, después, hasta injertar en los viejos cultos la nueva misión redentora de Cristo. Al mismo tiempo, es la exaltación de la celebración colectiva de una comunidad sobre el hecho histórico del ajusticiamiento del Justo y como celebración colectiva se apoya en el grupo, en identidades grupales que descansan generalmente sobre las cofradías. Es cierto que las parroquias son la base de las celebraciones que constituyen a su vez la base de la Semana Santa, pero éstas participan en y desde la liturgia universal y, aunque abren cauces a la “liturgia popular”, no suelen implicarse seriamente en ella. Éstas están más interesadas, salvo raras excepciones, en la liturgia oficial, la hegemónica, que en la de la calle. Sin embargo, el grupo funciona de otra manera, revive “su” liturgia año tras año. En el trabajo de campo realizado en Valladolid a lo largo de más de una década he podido constatar una baja participación en los oficios, en los rezos al Santísimo en el Monumento, que se convierte en bajísima cuando la comparamos con la riada de la gente que recorre las iglesias curioseando los monumentos, y no diremos con el público que abarrota las aceras para ver las procesiones. La visita a los monumentos no es un acto exclusivamente religioso, ni exclusivamente cultural, pues forma parte de una expresión polifacética. La Semana Santa es un poco de cultura, devoción, gastronomía, relaciones sociales... Son muchos los que desde un catolicismo ritual vivido profundamente encuentran en la visita a los monumentos en este tiempo una manera nueva y concreta de sociabilidad, de la misma forma que son muchos los agnósticos, que no renunciando a sus principios, se reencuentran con su cultura y sus vivencias religiosas infantiles y que coyuntural o fugazmente en este mismo tiempo visitan las iglesias.

La parroquia es soporte pues acoge a las cofradías, también a aquellas que no disponen de iglesia penitencial propia. La Semana Santa también se hace en esa pugna, la del espacio, entre el modelo que los hegemónicos quieren imponer y los de abajo no están dispuestos a admitir pues se vive en función del grupo, que a su vez se expresa fundamentalmente a través de las cofradías. Éstas se han mantenido porque colman las aspiraciones de los hermanos. Puede que, como afirman algunos, sea fácil demostrar que entre una cofradía, pongamos por caso, del s. XVII y la misma en la actualidad existan pocas cosas en común como, por ejemplo, la misma regla o el mismo espíritu. A pesar de estos cambios, por otra parte, lógicos, la cofradía actual se recrea

o, mejor dicho, se resemantiza desde discursos históricos pues los hermanos se sienten incardinados en la tradición formando parte del devenir y se reconocen en otros que fueron antes y se prolongarán como colectivo en los que los sucedan. A veces, viendo algunas manifestaciones cofradieras, da la impresión de que no es tan importante la autenticidad como la imaginación de la misma, no es tanto la realidad como el sueño de pertenencia a la misma. Es el atavismo, *atavus*, palabra no necesariamente negativa porque significa lo referente a nuestros abuelos y lo que da sentido a muchas de las vivencias humanas basadas en la tradición sobre las que asentamos los discursos legitimantes de nuestra identidad.

La identidad, sin duda, es una de las bases de las hermandades porque éstas se sustentan en el concepto de pertenencia al grupo, a ese grupo y no a otro diferente, que en las cofradías puede tener el mismo nombre, venerar un misterio parecido al nuestro, pero que, en teoría, no lo hacen ni de la misma manera, ni con los mismos matices, ni en el mismo lugar, ni siguiendo los mismos lemas por lo que, también en teoría, lo convierten en radicalmente diferente. Esto permite que la universal Pasión y Muerte del Redentor sean veneradas, recordadas y, en algunos casos, vividas de infinitas maneras.

La identidad grupal se convierte, o al menos coadyuva en la creación y refuerzo de la identidad local, en la base de las justificaciones de nuestras "semanas santas". Pensamos que esta es una de las razones del auge y del desarrollo de las procesiones en Castilla y, creemos, que también en toda España. La identidad grupal utiliza la clásica estrategia de hacer ver que "su" Semana Santa se construye haciendo patentes las diferencias con la de al lado bien sea con los pasos, los hábitos, los guiones, las banderas o las diferentes músicas. De la misma manera que una cofradía se construye en una relación de cercanía-lejanía, de amor-odio, con otras, la Semana Santa de una ciudad se elabora frente a las otras buscando crear modelos que son estereotipos carentes de una base real y que no pasan de ser reducciones teóricas y paradigmáticas desde las que se contempla y analiza todo el conjunto semanasantero.

EXCEPCIONALIDADES

La Semana Santa se nutre de excepcionalidades, las de los ritos y mitos que se activan en la puesta en escena de los misterios del sufrimiento de Cristo. La excepcionalidad temporal está sobre la base del equinoccio de primavera, al que ya hemos aludido, y en el que se refuerza la relación del hombre con la naturaleza a través del agua, del fuego y de la luz en una serie de ritos

y creencias que se pierden en la noche cósmica de los tiempos, pero que se han reelaborado a lo largo de los siglos creando una serie de capas de sincretismo religioso y, sobre todo, de estratos culturales muy queridos por los distintos pueblos. Ahora emergen, durante este breve periodo de tiempo, ceremonias y cultos a la naturaleza, viejas maneras de relacionarse con la divinidad y de celebrar la muerte y la vida. Sobre este amplio sustrato se han injertado nuevas creencias, las cristianas que colman el tiempo antiguo, pero que no por ello impiden que, de vez en cuando, aparezcan rasgos aparentemente descontextualizados de exaltación de lo arcaico y hasta de lo blasfemo, aunque siempre se explique en clave cristiana. Bajo la búsqueda de la teatralidad aparecen cuadros y escenas del todo irreverentes perpetuando rituales, sólo en apariencia, impropios de estas fechas, pero que se toleran porque ahora tienen otro sentido, es decir, porque se justifican en clave de violencia ritual. Ésta se legitima en la clave de la violencia de la Pasión y las agresiones se razonan en el contexto de la venganza que merecen los responsables, y según la Iglesia lo somos todos, de la muerte del Redentor. Por poner sólo un ejemplo de esta tolerancia, las comidas pantagruélicas y las borracheras alternan o se mezclan con las penitencias y se justifican, incluso, como complemento a la misma penitencia a la que se apela.

Si hay una constante en la Semana Santa del mundo católico, es la teatralidad. Los relatos evangélicos de la Pasión son en sí mismos de una plasticidad tal que invitan a su representación. Probablemente, desde los primeros tiempos comenzaron a rememorarse *in situ* algunas escenas que se potenciaron y desarrollaron con el paso del tiempo. La monja Egeria, cuando relata la liturgia de la Semana Santa¹, pone ante nuestros ojos sugerentes descripciones de cómo vivían estos días las comunidades de Jerusalén destacando la participación del pueblo con sus prelados que recorrían en comitiva los lugares del martirio de Cristo. La teatralidad se desarrolla en la Edad Media, no olvidemos que uno de los tropos que se ponen como origen del teatro medieval es el *Quem quaeritis...* en la *vistatio sepulcro*, continúa durante el Barroco, se mantiene en el s. XVIII como sabemos por el P. Isla² y llega a su culmen en el s. XX. Teatralidad es o son los pasos de la Semana Santa, aquellos que emocionaban a Pinheiro da Veiga por su majestuosidad³. Teatralidad es la Procesión General del Redentor de Valladolid con el desfile de los pasos empujados y escoltados por las diversas cofradías. En esta ciudad castellana, donde los pasos hablan con acentos de madera esculpida, se rechazan los adornos que podrían contribuir a reforzar esta teatralidad, los mismos que eran bien

¹ EGERIA, pp. 91-99.

² ISLA, p. 249.

³ PINHEIRO DA VEIGA, p. 45.



La estética del Palacio de Santa Cruz refuerza la espectacularidad del Encuentro de la Virgen y el Nazareno en la Semana Santa de Valladolid.
Fotografía: Chema Pérez Concellón

vistos y a veces necesarios en los pasos que vio el portugués⁴ apenas se supera la “sobriedad castellana” con algún tímido efecto de adornos florales, alguno más en las insignias banderas y guiones, y mucho más en las carrozas sobre las que van montados por no enturbiar la claridad del discurso estético de las figuras. Pero la teatralidad requiere buenos telones de fondo, cuidadas bambalinas entre las que se mueven las figuras. Toda la procesión es teatro y efectismo y hasta los hábitos ponen una nota cromática que ahora sí está muy alejada de la pretendida sobriedad y simpleza, una gama de colores que va de los clásicos negros, morados pardos y blancos, hasta los azules celeste. Los hábitos están diseñados para que nadie se equivoque, para que nadie dude de quién es quién.

La teatralidad procede por acumulación de sensaciones. El paso es un pretexto para recrear toda una parafernalia llamativa en la que el entramado urbano juega un papel importante: la salida y entrada de los pasos por puertas imposibles o las maniobras de los her-

manos del conjunto que funciona a la voz de mando del capataz. La apoteosis se vive en Medina de Rioseco, con la salida de los “pasos grandes” hoy convertida en uno de los momentos más esperados por los vecinos y visitantes. “El Longinos” y “La Escalera” polarizan, en buena medida, la Semana Santa de la Ciudad de los Almirantes y no lo es tanto por la categoría artística, indudable, pero no única pues hay otros de escultores más reconocidos, sino por haberse convertido en sí mismos en espectáculo. La salida de la capilla en la Plaza de Santa María en la que tan sólo veinte hermanos de hábito arremangado y capirote recogido soportan cada uno de ellos “una tonelada y media”⁵ y que con la voz autoritaria y tensa del “cadena” pasan rozando el dintel de la puerta ante la respiración contenida de la multitud congregada para ver la exhibición que prorrumpe “un fervoroso aplauso por el esfuerzo realizado”. Los mismos “pasos grandes” que pasan rozando los balcones de la Rúa, mientras desde los lados los vecinos intentan acariciar las imágenes. . .

⁴ Ibid. p. 45: “...que todo es de la misma materia, de cartón y lino, de que están formados; y si va algún vestido, gorra o capa al exterior, es todo de brocado o tela, de suerte que parecen muy bien”.

⁵ ASENSIO y PÉREZ DE CASTRO, p. 309.

Los hábitos, el incienso, la música y hasta los productos que se consumen en y durante el recorrido conforman el gran marco en el que se desenvuelven las procesiones de Medina de Rioseco. Esta ciudad cuenta con otras escenas de gran impacto: “el baile” de los pasos en la Rúa cuya estética se refuerza por la dificultad añadida de la estrechez de la calle; “el poso”, una pausa a la puerta del hermano enfermo que no ha podido asistir a la procesión; o “la rodillada”, una genuflexión con el paso a hombros en la que la máquina se inclina hacia delante representando un saludo del Hijo a su Madre y que entraña un gran riesgo para los portadores porque el peso se desliza hacia delante y sólo personas muy expertas son capaces de no dejar caer todo el entramado, lo que constituiría una pérdida irreparable de arte. Miguel de Unamuno que pasó por aquí en 1932 captó el espíritu de la Semana Santa de la Ciudad de los Almirantes cuando escribió:

*Y estos pasos pasaban por la rúa
comunal, familiar.
Era la misma procesión de antaño.
El anciano cree ver la que vio de niño,
y el niño, aún sin darse de ello cuenta,
espera ver la misma cuando llegue
a anciano, si llega... y no ha pasado
más;
ni monarquía, ni dictadura, ni revuelta,
ni república.
Pasan los pasos.
Y los llevan los mozos.*

En Valladolid la Procesión del Encuentro de la Stma. Virgen con su Hijo en la Calle de la Amargura en la tarde del Martes Santo se convierte en el gran espectáculo estático procesional por el lugar donde se realiza. El escenario es la Plaza de Santa Cruz, el telón de fondo la fachada del palacio, los protagonistas la Virgen de las Angustias y Cristo con la cruz a cuestas. En el diseño procesional tiene gran importancia la música sacra a cargo de un coro y el sermón de un afamado predicador, es el más llamativo después del de las Siete Palabras. El público expectante procura no perderse nada, porque la obra está formada por muchos actores, por muchos cuadros escénicos que se complementan y que se enriquecen en su devenir y la obra empieza cuando las dos imágenes comienzan a entrar, cada una por su lado, en la plaza y termina cuando suenan las trompetas para formar la procesión de regreso. Durante todo el acto la gente asiste con respetuoso silencio para que todos puedan contemplar, degustar y embeberse de lo que sucede.

El Sábado de Dolores la Procesión del Ejercicio Público de las Cinco Llagas, una de las últimas en incorporarse a la Semana Santa de Valladolid, se pierde en el casco antiguo por rincones especialmente emblemáticos bajo el pretexto de recorrer cinco conventos de clausura. El recorrido transcurre por callejuelas estrechas en las que la procesión se realza más, en las que el Cristo es

admirado mejor, en las que existe, junto con un espíritu más devoto, pues la procesión invita al recogimiento, una sensación de fugacidad más notoria que en otras tal vez más espectaculares.

El Sermón de las Siete Palabras se ha convertido en el mejor púlpito de la Semana Santa, no sólo por los sermones, sino, sobre todo, por la parafernalia creada con motivo y alrededor de este evento que se ha constituido en uno central de la Semana Santa vallisoletana. El pregón, que repite por las esquinas de la ciudad desde primeras horas un jinete escoltado por un escuadrón de lanceros al trote, es el gran pórtico del Viernes Santo y la emotiva preparación estética para la Procesión General vespertina. El escenario del Sermón de las Siete Palabras es la misma Plaza Mayor. Falta un estudio del Viernes Santo como cátedra sagrada, como reflejo de las tensiones espirituales y materiales, como el palco de las diatribas religioso-políticas y que por la complejidad del tema no vamos a abordar aquí, pero centrémonos en la representación. Cristo escucha en Valladolid cada Viernes Santo las siete palabras que dijo en la cruz comentadas por el predicador que permanece en una tribuna repleta de autoridades. Este es el único momento que los responsables de las cofradías ocupan simultáneamente un palco donde lucen todas las varas. La autoridad religiosa predica desde la cátedra arropada por las varas de las autoridades cofradieras, mientras que en otro plano Cristo entre los dos ladrones baja humildemente la cabeza resignado ante su destino, al tiempo que otros crucifijos pasan ante el predicador y en la Plaza se acentúan los contrastes del luto, la sombra, el predicador, las autoridades, la policromía de los cofrades de a pie que ocupan las sillas con los otros invitados y al fondo los curiosos y los turistas. La Plaza Mayor de Valladolid, se vuelve fuertemente evocadora de dramas y de injusticias, de condenados por disidencias religiosas y ahora, en esta mañana, retorna la historia, se alzan los fantasmas de otros espectáculos y con tanta fuerza que es difícil sustraerse a reclamo de esta puesta en escena.

La Procesión del Santísimo Cristo de la Luz o “la de los universitarios” del Jueves Santo por la mañana es una de las más llamativas. Su popularidad se basa en la impresionante espectacularidad con la que se ha diseñado. Es la religiosidad popular elevada a la categoría de participación hegemónica sobre los elementos cultos que pasaron a la tradición —el rezo del vía crucis, los cánticos de motetes, el Cristo portado en andas por los cofrades, etc.— y que se utilizan para dar lustre a la procesión creada desde arriba. La comunidad universitaria se siente reflejada en su mayoría en ella, aunque quizás no desde el punto de vista religioso. Esta comunidad, que muchas veces hace gala de escepticismo y agnosticismo, se engancha año tras año a una estética emanada de la “casa de la sabiduría” que se reafirma en este desfile.

La monumentalidad por sí sola es la que se encuentra en las ciudades castellanas que han conseguido que



Las representaciones vivientes como la de Grijota (Palencia), son otra manera de vivir la Semana Santa. Fotografía: José Alonso Martín

la Semana Santa alcance grandes cotas de efectismo, y este efectismo es una vez más Barroco. Valladolid ha proyectado su Semana Santa a otras ciudades cercanas como Ávila o Palencia.

En Ávila las murallas y las plazas son “marco incomparable”, un gran escenario urbano donde recrear las estaciones del vía crucis. En la ciudad de los místicos se lleva a cabo una de las “semanas santas” más sobrias de las tierras castellanas que la convierte en reclamo turístico⁶.

En Palencia el Domingo de Ramos por la tarde noche se puede asistir a la Procesión del Santo Rosario del Dolor organizada por la Cofradía Penitencial y Sacramental de la Santa Vera Cruz, que está documentada desde 1588. El paisaje del Cerro del Otero, destino de la procesión, es un marco de fuerte impacto estético reforzado por los pasos portados a hombros y las luminarias que llevan los cofrades.

La teatralidad aparece también en lo que podríamos llamar “los efectos especiales” —sonidos, incienso, indumentaria...— que son las claves para crear la base de la atmósfera en la que se desenvuelve este tiempo litúrgico. La atmósfera varía gracias a los diversos matices que distinguen ciudades, pueblos, cofradías y procesiones entre sí. Las trompetas, las campanillas, las matracas y los tam-

bores suenan diferentes en cada lugar y los sonidos son fácilmente reconocibles por los ciudadanos. En algunos casos perviven antiguos ritos que provienen del s. XVI, como el que aún se puede ver en la ciudad de Palencia en la denominada Llamada de Hermanos. La cofradía avisa, casa por casa, con el “tararú, tararú,...”, un toque de trompeta destemplada que quiere imitar los sonidos de las trompetas romanas que anunciaban el cortejo de los condenados a muerte⁷. Cuando cesa la trompeta se dan tres golpes en la puerta recordando la llamada a los hermanos cofrades de penitencia, que en los siglos XVI y XVII asistían a la procesión para disciplinarse⁸. En Medina de Rioseco “el pardal”, nombre que proviene del apellido de la familia que en el s. XVII se encargaba de este menester⁹, identifica con su tono vibrante por sí sólo esta Semana Santa urbana de Tierra de Campos.

Los sonidos están dentro de las manifestaciones más importantes y por ellos se conocen y se delimitan identitariamente las cofradías dentro de una misma Semana Santa, pero fundamentalmente se identifican como uno de los recursos más significativos para enraizar las vivencias actuales con la tradición y con la historia. El toque de las trompetas y los tambores han conformado los ecos, las matracas y carracas de secos golpeteos jalonan la historia de estos días en que está

⁶ ALONSO GONZÁLEZ, p. 32.

⁷ GÓMEZ PÉREZ, p. 10.

⁸ *Ibidem*, pp. 21-22.

⁹ ASENSIO MARTÍNEZ y PÉREZ DE CASTRO, p. 551.

prohibido el uso de las campanas, porque como instrumentos metálicos no deben quebrar el silencio por la muerte del Redentor. También hay sonidos que, o bien se han recuperado, o bien se han creado al servicio de la pretendida “sobriedad castellana”. En Palencia, por ejemplo se perdió la tradición de las saetas a comienzos del s. XX gracias a que un bando municipal de 1930 prohibía “entonar canciones conocidas con el nombre de ‘Saetas’ durante el recorrido de las procesiones”¹⁰.

En Castilla, como en toda España hay dos tipos de “semanas santas”, las urbanas y las rurales¹¹. Las primeras se han desarrollado en el s. XX, aunque no queremos decir con ello que no existiesen antes pues las cofradías existían y algunos pasos también. Sin embargo, éstas tal y como hoy las conocemos tienen su origen en el siglo pasado, tienen sus primeros balbuceos en las primeras décadas del pasado siglo, se desarrollaron sobre todo en la Post-guerra, decayeron en los años sesenta para eclosionar con fuerza a mediados de los setenta. Avivadas por el turismo y, sobre todo, por la voluntad del pueblo de recuperar la calle con celebraciones festivas profanas –carnavales, fiestas populares, etc.– y religiosas, organizadas sin las cortapisas que existieron durante la dictadura. Inconscientemente se vuelve a la dicotomía religioso- profano, utilizando la fiesta como una manera de sobrepasar las normas dictadas por la autoridad competente.

Las rurales han tenido otro desarrollo, si prescindimos de las grandes cabeceras de comarca –Toro, Medina de Rioseco, Aranda de Duero, Covarrubias, Miranda de Ebro, Ágreda, El Burgo de Osma, Carrión de los Condes, Frómista, etc.– se mantuvieron, a veces, en una lánguida agonía hasta su desaparición total y, otras, se salvaron *in extremis* cuando, por fin, fueron descubiertas por un turismo que buscaba algo diferente a las ciudades. Se dotaron de sabia nueva porque volvieron al mundo rural los vecinos que se habían ido, se desempolvaron viejas indumentarias, se limpiaron imágenes abandonadas en trasteros y resurgieron con fuerza ritos olvidados. En este renacimiento, como en otros muchos, se buscaron los esplendores de otros tiempos y en ellos la “autenticidad”, pero con más frecuencia de lo que pudiéramos pensar se acomodaron a los nuevos tiempos, siguiendo esquemas que ya funcionaban en las urbanas¹². Las “semanas santas” rurales son menos espectáculo porque son más participativas. Los protagonistas encuentran en ellas una vuelta a sus orígenes, a sentimientos que les devuelven al mundo de vivencias, de

creencias y de ritos que dejaron atrás adheridos al terreno, es decir, al espacio que abandonaron al emigrar. La vuelta se hace también a dos horizontes, el del revulsivo personal de una manera de ser y entender las raíces y el del puente entre lo que vive cada día en la ciudad y lo que quiere vivir en el pueblo. Se aspira, y a veces se logra, una vuelta a las raíces a través de la tradición actualizada. El grupo que funciona en ellas es el “pueblo” como conjunto de vecinos, por eso la mayoría de la gente que ha emigrado vuelve para “su” Semana Santa, en la que participa intensamente a varios niveles: como sujeto de una tradición de sus mayores a los que se une simbólicamente a través de la participación en los ritos, como persona –individuo– imprescindible en la transmisión de estos eventos, como garante, dada la escasez de gente, de la revitalización cíclica de la comunidad y como correa de transmisión de “sus” ritos religiosos gestados a lo largo de los siglos por los vecinos de otras épocas. Aunque no todos han participado de la misma manera en el momento de su creación, todos tienen el convencimiento de que les pertenece como herencia de sus antepasados y ellos mismos tienen que mantenerlo como suyo, porque ahora se vive con más profundidad la realidad local en toda su riqueza plural.

La Semana Santa urbana, la que marca las pautas de la nueva Semana Santa, es tan moderna y dinámica que se está elaborando aún en estos momentos. Se comenzó a desarrollar cuando la jerarquía católica impulsó o apoyó estas manifestaciones públicas. Esto lo hizo desde el momento que tomó conciencia de la importancia que tenían estas fechas para la religiosidad popular como motor de un amplio grupo que estaba en contra de las políticas irreligiosas y anticlericales del momento. La Semana Santa se gestó y desarrolló, como sucede ahora, en una continua negociación entre los diversos actores que intervienen en tan magno acontecimiento socioreligioso, entre el poder religioso y el civil, entre el poder religioso hegemónico (la jerarquía) y el pueblo practicante (las cofradías), entre las propias cofradías y dentro de estas entre los propios hermanos... La base de la Semana Santa, en cuanto que ésta es una manifestación pública que es de lo que tratamos en este artículo, es la vida que surge de las relaciones entre los actores que participan activa o pasivamente por acción u omisión en la misma.

Sin embargo, lo que prima en la construcción de la Semana Santa de Castilla es la historicidad, a veces “falsa historicidad”, que confunde interesadamente por-

mos que ésta ha tenido en su origen una estructura gremial, y por lo tanto urbana, pero que hoy están en desventaja cuando compiten con la Semana Santa de la capital de Provincia. Dicha desventaja no implica que sean inferiores, sino que son percibidas así, porque en la creación de los nuevos símbolos las capitales de provincia se han alzado con la hegemonía.

¹² ALONSO PONGA (coord.), ASENSIO MARTÍNEZ et. alli., ps.

¹⁰ GÓMEZ PÉREZ, p. 24.

¹¹ Sabemos que la definición del mundo rural es compleja. Simplemente y para clarificar el concepto usamos “rural” para designar a las poblaciones que no siendo capitales de provincia tienen menos de 20.000 habitantes. Y lo hacemos conscientemente, a sabiendas de que hay muchas ciudades que tienen menos de esta población y que si se estudia su Semana Santa desde una perspectiva histórica, vere-

que le sirve para hacer sus discursos acerca de la existencia de datos sobre alguna cofradía con la esencia de la misma como ahora la conocemos, da las noticias de las procesiones del pasado en clave de los fastos actuales y otros muchos equívocos. La historicidad tiene un valor, pero no es un valor absoluto, pues es un recurso como otro cualquiera en la lucha por hacerse un hueco en la oferta turística de esos días, para llamar la atención sobre los espectáculos que se están construyendo.

Los datos de otras épocas prueban que la Semana Santa en Castilla viene de lejos, que ha habido unas prácticas y unos cultos relacionados con la muerte de Jesús, pero lo que es más difícil de probar es que esto se hiciera como lo admiramos hoy. Si queremos estudiar y comprender nuestra Semana Santa, no podemos olvidar la Historia, pero debemos trascenderla porque la Historia no es lo más importante, pues sobre ésta o debajo de ésta hay otros valores como la estética, que no es un valor objetivo y absoluto, sino subjetivo y cambiante que es reelaborado por cada generación y están, sobre todo, las vivencias e inquietudes de los cofrades que han sido y son los protagonistas de la misma. El análisis de las vivencias religiosas, que ahora más que nunca son polisémicas, nos ayudará a comprender la Semana Santa desde la perspectiva de la Antropología y de la Religiosidad popular.

La Semana Santa urbana se basa también en la recuperación de títulos sonoros que evoquen antigüedad, que evoquen otras escenas y otros momentos en los que la religión, al menos aparentemente, era más seria y tenía más importancia en la sociedad. Nos encontramos por doquier con nombres de procesiones llamadas de “disciplina”, pero no sabemos muy bien que significan pues desconocemos si hacen alusión al orden, al silencio, al cumplimiento de las normas o, simplemente, mantienen el nombre de otras de antaño. Generalmente con estos nombres se quiere equiparar, por recurso lingüístico asociativo, las procesiones de disciplinantes desaparecidas a raíz de la Pragmática de 1777, con la realidad actual y de paso recuperan por asociación la Semana Santa. A veces estos mimbres van más allá y con un razonamiento ligeramente sesgado, se pretende demostrar la antigüedad de la cofradía y procesión como sucede con el disputado honor de haber sido fundados por San Vicente Ferrer. El concepto de antigüedad también está cargado de la connotación de autenticidad valores que subyacen en todas las celebraciones.

La Semana Santa rural revitalizada por los emigrantes ha pasado a ser más que el reencuentro del hombre con Dios en su Pasión y muerte, el encuentro del hombre con su tierra, ahora sí, y más que nunca, con la

práctica de una religiosidad fatalista y dolorista, incomparable marco superestructural legitimante para una tierra que agoniza sin la esperanza de la resurrección. La Semana Santa en del mundo campesino castellano se desarrolla en una lucha entre lo trágico de la Pasión y las tradiciones lúdicas y transgresoras de comidas y limonadas y de los juegos de chapas prohibidos durante el resto del año. Esta es la otra cara de la moneda, la que se vive como una burla a la tragedia, como una mueca a la muerte, como un exorcismo que intenta frenar lo irrefrenable, el camino que nos conduce a la despoblación.

Las procesiones, las manifestaciones públicas se han centrado en el dolor, en el sufrimiento, en la muerte. La Resurrección también ha estado presente, pero desde otra perspectiva¹³. En la urbe no sale a la calle o no se salía apenas, con la imagen del Cristo resucitado, aunque la alegría de la resurrección se vivía en todas las cofradías; sin embargo, dentro del mundo rural si hay grandes manifestaciones de la Resurrección representadas, sobre todo, por procesiones del encuentro, que se hacían con el niño Jesús o con la custodia, como sucede en Peñafiel, localidad que con Aranda de Duero vive una auténtica manifestación de teatro popular con la celebración de la Bajada del Ángel.

La Semana Santa castellana es la que participa del gran tópico que hace de ella un dechado de “seriedad y sobriedad”. Como todos los tópicos es un invento, pero una vez interiorizado por los responsables termina por erigirse en la esencia y la seña distintiva de lo nuestro. La “seriedad castellana” se crea por contraposición a la “alegría andaluza”. Al jolgorio sevillano se contraponen “el silencio” castellano. A lo superfluo, a los bordados barrocos de oro y plata que ornamentan los mantos y palios andaluces se contraponen el rigor de la madera esculpida que casi obliga a los propietarios a no cubrir los pasos, aunque esto, ni siempre ha sido así, ni es así en toda Castilla.

Los tópicos son por supuesto creaciones mentales, sin base o sólo con una cierta base sobre la que se construye todo el entramado restante, pero que funcionan. Estos tópicos son operativos en este momento porque son los que alimentan el turismo y el turismo viene a consumir lo que se promociona y los promotores a su vez tienen que ser fieles a lo que ofrecen, de manera que estamos atrapados en un círculo vicioso que se retroalimenta continuamente. Hoy día, decir Semana Santa castellana equivale a decir Semana Santa de Valladolid y decir Valladolid es decir belleza hecha madera policromada y estética del Barroco. Esto no quiere decir que todas estas “semanas santas” hundan sus raíces en este

¹³ No significa que las cofradías no tuviesen la Resurrección como tema central en sus prácticas religiosas, de hecho es el centro

de la fe, pero estamos hablando de la Semana Santa como un fenómeno social.



El Sermón de las Siete Palabras es uno de los actos más representativos de la Semana Santa vallisoletana. Fotografía: Chema Pérez Concellón

periodo, aunque beban de su estética porque, incluso aquellas que se venden como sencillez y desnudez tiene su punto de barroquismo innegable y mentar el Barroco es señalar a los grandes imagineros como Francisco del Rincón, Juan de Juni o Gregorio Fernández¹⁴. El s. XVII es la base y la horma sobre la que se ha modelado la Semana Santa de Valladolid, el imaginario sobre el que descansa su belleza o, al menos, en la fuerza estética de las imágenes y de los pasos, aunque de su montaje sepamos muchos menos y de las impresiones que producían en el pueblo casi nada. Conocemos la que produjo en el embajador portugués Pinheiro da Veiga, maravillado por las procesiones que vio en la primera década del s. XVII que se muestra anonadado ante unos pasos que todavía eran de papel encolado y lino, y que no por ello dejó de juzgarlos como mucho más majestuosos que los que salían en Lisboa. De igual manera se mostraba sorprendido ante la cantidad de penitentes de sangre que se laceraban las espaldas a puro golpe de disciplina¹⁵, práctica que siguió escandalizando a los viajeros, primero, y a los ilustrados, más tarde, hasta que a finales del s. XVIII desapareció por completo. Sabemos que era una Semana Santa viva y dinámica, porque había litigios entre las cofradías que luchaban en la calle y en los tribunales por el espacio y el tiempo que debían consumir en sus des-

files, porque todos buscaban lucir su poder ante la ciudad. Hubo litigios con la autoridad eclesiástica por la propiedad de las imágenes y de los lugares que ocupaban en las iglesias y queda patente la lucha de la autoridad eclesiástica por desterrar la costumbre de los "hornos", abuso de comidas y bebidas que excedían con mucho lo que se predicaba en días de ayuno y abstinencia. ¿Sobriedad castellana?

La Semana Santa de Valladolid se puede comprender en la doble manifestación del espectáculo de la Procesión General de la Sagrada Pasión del Redentor y el Sermón de las Siete Palabras, así como en la participación religiosa en las procesiones nocturnas que suponen menos espectáculo, aunque no por ello son menos espectaculares. Son manifestaciones de "autoafirmación" de una cofradía, porque en Valladolid la Semana Santa se vive como fiesta primaveral, sólo por el día, mientras que la noche, que no es una fiesta popular de admiradores de estas manifestaciones, es un tiempo para los cofrades. Las cofradías desfilan y lucen sus mejores galas religiosas, sus músicas, se comunican entre ellas, se agasajan mutuamente en acompañamientos, en salidas a saludar, en venias e inclinaciones de guiones. La procesión de la noche es procesión en la que una vez más aparecen los múltiples motivos que empujan al hermano a

¹⁴ Véase, ALONSO PONGA y PANERO GARCÍA, pp. 36-40.

¹⁵ PINHEIRO DA VEIGA, p.45: "Seguían otros 400 disciplinantes por el mismo orden, y algunos de ellos con una sola roseta (a que llaman *abrojo*) que les abre los costados, y afirmo que vi a algu-

nos llevar trozos de sangre coagulada de más de a libra, que me pareció demasiada crueldad y me escandalizó se permita tanto exceso".

cargar la túnica y el capirote: unos lo hacen por fe, para recordar los momentos amargos de la Pasión de Cristo, para acompañar al Redentor sufriente; otros lo hacen como una plegaria en la que se mezclan convicción y sacrificio, la articulación en un acto único de la fe y la penitencia; y otros por sacrificio, porque están convencidos de que éste es reparador para el hombre porque lo ayuda a completar los dolores de la Pasión de Cristo y como un acto de religiosidad popular en la que aparecen los cumplimientos de votos y promesas hechas; y otros porque la identidad grupal, la cofradiera, marca estas manifestaciones.

La Semana Santa de Valladolid, tal y como hoy la conocemos, nació a comienzos del s. XX por decisión de D. Remigio Gandásegui que acertó a dar forma a unos cuantos balbuceos de otros periodos. Es hija de su tiempo, de un tiempo pre-bélico que la marcó en sus inicios y que ha tardado mucho en superar. El lenguaje con el que se vistió fue el propio de la época, o al menos de un tipo de clero de la época, porque el predecesor de Gandásegui, D. Pedro Segura, recordaba con cariño a las cofradías en su carta de despedida como “falanges aguerridas y vanguardias intrépidas de los ejércitos del Señor... de las que es dado esperar días mejores para la piedad”¹⁶. Tremendamente politizados con participación de Centro Católico Tradicionalista, Falange Española, Juventudes Obreras Católicas, milicias de Acción Católica que desfilaban, por ejemplo, en 1935, posicionándose lógicamente contra las izquierdas. En los años de la contienda desarrolla y exalta tópicos que se refuerzan uniendo a la estética de los pasos la poética del sacrificio, destapando los “tarros esencialistas” de la Castilla redentora de la España católica. Valladolid aparece en el imaginario eclesiástico de la época como garante y reparador de “las injurias y desacatos” que en otras partes de España estaban sufriendo las imágenes de Cristo”¹⁷. La prensa oficial del momento enardecía los ánimos con la llamada a los “¡Hombres de Valladolid! ¡A la procesión! A empuñar un cirio ya que no empuñáis un fusil. Seamos, al menos, “hermanos de luz”, ya que no hemos tenido la fortuna de serlo “de disciplina”. Una vez más el lenguaje metafórico, pero reinterpretado de las claves del sacrificio sangriento que implicaba la disciplina en las procesiones del Barroco, en un contexto donde la salvación por la sangre y el sacrificio estaba presente en la retórica de todos los bandos políticos y religiosos.

Para llegar a ser como es ahora, emblema de la “vallisoletanidad”, si se nos permite esta expresión, y ser la gran manifestación de identidad de la ciudad más dinámica y moderna de Castilla, ha tenido que evolucionar mucho avanzando en negociaciones tácitas continuas con todos los estamentos y abandonando

paulatinamente los partidismos del comienzo.

En síntesis la Semana Santa de Valladolid es fruto de unas constantes que se podrían resumir en:

La idea de poseer los pasos más maravillosos nacidos en el Barroco por su gran plasticidad e impresionante teatralidad compositiva. Hay una relación estrecha entre el arte y la religión, pero sobre todo un tipo concreto de arte y una manera también concreta de entender la religión.

El espíritu del renovador, el de Gandásegui, recuperando unos tópicos que quizás nunca existieron, o al menos no han existido en toda Castilla con la fuerza que se pretende, pero que se crearon en el noventa y ocho y a fuerza de repetirlos han sido interiorizados por buena parte de la población como son la seriedad, la austeridad, la parquedad, los ayunos... Estas características encontraron fácil acomodo con el franquismo por su tendencia a fomentar los ayunos oficiales, las celebraciones masivas, el luto ciudadano, las músicas de exaltación patriótica, etc., que contribuyeron a reforzar el “modelo castellano”.

Todo ello dio origen a un turismo que se desarrolló sobre la espectacularidad sencilla y sincera de la estética de las gubias barrocas. El turismo fue motor de la Semana Santa creando modelos que las cofradías se encargaban de representar en una espiral, un bucle, que aún no ha cesado y que sigue alentado y sostenido por el convencimiento de que estamos ante una de las “semanas santas” más importantes de Europa y, según algunos, la más importante.

Uno de los espectáculos más logrados de nuestra semana santa es la llamada “Procesión General”, único caso, según dicen las crónicas, donde se puede admirar en un único desfile toda la Pasión de Cristo, desde la Oración en el huerto hasta la Virgen de las Angustias, porque al ser la más venerada en la ciudad desfila la última acompañada de autoridades e invitados notables.

Es el evento vallisoletano por antonomasia, el más espectacular y el más turístico, pero quizás no el más valorado por los que estiman la Semana Santa desde la fe, la religión y las vivencias intimistas. Como gran evento en el que participan todas las cofradías es fruto de una negociación continua de intereses y de significados. Una negociación continua entre las diferentes cofradías, entre los hermanos dentro de las mismas, entre la Junta de Cofradías de Semana Santa y las autoridades civiles y religiosas, entre dicha Junta y el público en general que opina de la procesión—todo el mundo entiende o parece entender— como si de algo suyo se tratara, porque como ya hemos señalado en otras ocasiones¹⁸ es en definitiva el gran marco en el que se reproducen las identidades valli-

¹⁶ BURRIEZA, p. 129.

¹⁷ *Ibidem*, p. 147. Los entrecorillados posteriores pertenecen al libro del mismo autor.

¹⁸ Véase, ALONSO PONGA, “La Semana Santa de Valladolid: Más allá...”, p. 89 y ss.



La Cruz del Paso de Villasarracino (Palencia) probablemente es el resto de antiguas representaciones que se daban en la Tierra de Campos.
Fotografía: José Alonso Martín

soletanas.

El Sermón de las Siete Palabras es el otro gran espectáculo porque de nuevo se juntan todas las cofradías, aunque en este caso sea la Cofradía de las Siete Palabras la encargada del acto. Es una creación del año 1932, año en que comienza a celebrarse en la catedral, aunque como figura no es nueva pues habría que buscar su precedente en los sermones de la Soledad que tanta importancia tienen dentro de la liturgia semanasantera de los siglos XVII y XVIII. Evidentemente no es la recreación de aquellos, es una nueva reinterpretación en clave de los años treinta y cuarenta, pues a partir del año 1943 se celebra en la Plaza Mayor.

Ya desde 1946 se crea una Junta pro Fomento de la Semana Santa, precedente de la actual Junta de Cofradías de Semana Santa, que ha mantenido el espíritu y controlado, en la medida de lo posible, los enfrentamientos entre estas entidades. Es la heredera de la Junta de Promoción Turística que en 1924 imprime el primer cartel. A partir de aquí se busca la repercusión en todos los medios de comunicación social de la época como periódicos, radio, televisión, NO-DO. Esto significa que el modelo Valladolid se creó desde el primer momento como un foco muy potente, el más potente de Castilla, más incluso que el leonés de Zamora, que tiene también su grupo de influencia.

Visto desde fuera el modelo Valladolid es el modelo castellano, porque desde una óptica ajena no se distingue otros modelos de Castilla, aunque, por supuesto, hay otras puestas en escena de la exaltación del dolor, de la oración y de la devoción dentro del ámbito castellano.

Quizás el más representativo es el de Medina de Rioseco, donde las procesiones son más cercanas al pueblo, menos distantes, más vividas. No en vano, mientras que para Valladolid y las demás ciudades la Semana Santa es un periodo de tiempo de apenas unos días, en Medina de Rioseco es el culmen de todo un año de preparación y vivencias pre-semanasanteras. La Semana Santa polariza la religiosidad popular y hasta las relaciones de buena parte de la ciudad. En Valladolid las cofradías comienzan a preocuparse por las actividades más allá de la Semana Santa, pero de momento sólo estamos en el comienzo de este cambio que tímidamente ya podemos percibir.

La Semana Santa, sobre todo la rural, conserva una serie de elementos entre ellos están los rezos y cánticos que han pasado a ser centrales en esta celebración¹⁹.

Los vía crucis son otra manifestación de esta religiosidad aún en boga, pero a la primitiva distinción entre los vía crucis sencillos, los de todos los días de Cuaresma, y los solemnes, aquellos destacados de lucimiento personal o de coro como "El pretorio", se añadieron los vía crucis procesionales. A este respecto es significativo el caso de Valladolid. La tarde del Miércoles Santo asistimos a un vía crucis solemne en el que el paso *Nuestro Padre Jesús Nazareno* recorre la vía dolorosa jalonada de doseles con el número de la estación y a su encuentro salen otros pasos que le rinden homenaje. Por la noche y, coincidiendo a veces en el mismo recorrido, la Cofradía del Santo Sepulcro y Santísimo Cristo del Consuelo, realiza otro vía crucis mucho más modesto, pero más devoto, donde los cofrades y asistentes no se limitan a

¹⁹ ALONSO PONGA, 1994, pp. 139 y ss.

contemplar y lo rezan.

Una de las oraciones más populares son los “Catorce romances de la Pasión” nacidos de la pluma de Lope de Vega y José de Valdivielso. Unas veces se encuentran como un corpus litúrgico de celebración de los dolores y sufrimientos del Cristo y otras parecen fragmentados intercalados en composiciones populares. Así en algunos ofrecimientos de vía crucis nos encontramos con estrofas como:

Hijo que a morir te vas/ por el alma que criaste
Que ofensas hechas a Dios/ sólo Dios las satisface²⁰.

Y no faltan casos como las rondas del Valle del Tiétar que las han incorporado a su repertorio como en la conocida:

Coronado está el cordero/ no de rosas y claveles
Sino de juncos marinos/ frutos que nos dio la tierra
Cuando el señor la maldijo²¹.

En todos estos casos lo importante no es sólo el autor y el origen de estos romances, sino y, sobre todo, que éstos hayan llegado a ser nucleares en la Semana Santa y la base del tipismo de la misma. Ahora se han convertido en los cimientos de la originalidad de unos núcleos, cuando antes eran una más de las tradiciones universales.

El desenclavo es un rito barroco que permanece en el recuerdo en las ciudades y se mantiene con más intensidad en el mundo rural porque se acomoda mejor a las “semanas santas” campesinas por el carácter participativo de la población, por la fuerza de las escenas y porque está unido y complementa a la procesión del entierro de Cristo.

Palencia ha recuperado la Función del Descendimiento en 2003. Está organizado por la Cofradía Penitencial del Santo Sepulcro y San Juan Bautista, en recuerdo del acto que se hacía en los siglos XVII y XVIII. Se realiza como preámbulo a la Procesión del Santo Entierro que se ha convertido en un acto centrado seguido con gran expectación.

Los desenclavos más famosos de Castilla se conservan en Tierra de Campos. Entre ellos destaca el de Villavicencio de los Caballeros (Valladolid) porque es el acto vertebrador de la Semana Santa por ser el nexo de unión de los emigrados y el acto más señero de la Semana Santa rural en la provincia. Lo que fue durante mucho tiempo un ejercicio de adoración de la Venerable Orden Tercera, que estuvo a punto de desaparecer por falta de hermanos, se ha convertido en el santo y seña del mundo rural terracampino. La Venerable Orden Tercera

tuvo gran importancia en la Tierra de Campos, llegó al culmen cuando la Vera Cruz decayó a lo largo de todo el siglo XIX. Como ya hemos señalado, la despoblación dio el golpe de gracia a la mayoría de las manifestaciones semanasantas rurales que se recuperaron por empatía con las urbanas, si bien no copiaron sus modelos, sino que potenciaron los propios buscando la singularidad, las señas distintivas que podían centralizar la Semana Santa rural en su pueblo y no en otro. En realidad se potencian “restos” de tradiciones que se dieron en todos los pueblos, pero que sólo unos pocos mantuvieron y elevaron a la categoría de “tradiciones testimonio” lo que las ha revalorizado a los ojos de la localidad que las conserva y de otras que ven en ellas un testimonio de su pasado. El desenclavo existía prácticamente en todos los pueblos de cierta entidad, como lo demuestra la cantidad de Cristos articulados que aún se conservan en las iglesias. La parafernalia que acompañaba a los desenclavos está descrita con todo lujo de detalles en el P. Isla²², que, además, nos introduce en los sermones espectacular que se acompañaban de actores y artilugios para mover las imágenes y hacer la representación más verosímil. En estas pláticas, el sermón estaba acompañado de la escenificación que hacían los cofrades vestidos de José de Arimatea y Nicodemus y de los pasos que ejecutaban siguiendo las órdenes del predicador. Las personas de carne y hueso estaban en una relación dialógica con las imágenes de Cristo crucificado y la Virgen al pie de la cruz. La procesión que se formaba después del desenclavo era como el acompañamiento al hermano difunto hasta su morada, generalmente en una ermita o humilladero a las afueras de la población, donde permanecía el resto del año o retornaba a la iglesia días después, pero sin ningún rito especial porque el entierro de Cristo cerraba la Semana del Dolor, la Semana Santa.

La Pascua de Resurrección se celebra mucho más desde el último tercio del s. XX con procesiones del encuentro como clausura del ciclo doloroso en el que el acto central es la retirada del manto negro a la Virgen, una imagen especialmente venerada dentro o fuera de la Semana Santa. Últimamente asistimos a una multiplicación de los ritos en la procesión. Por ejemplo, en Valladolid se ha incorporado la imagen de la *Virgen de la Alegría*, que contribuye a dar lustre a la procesión de Resurrección, con lo cual se está consiguiendo alargar la Semana Santa más allá de la clásica Procesión General. Tradicionalmente no existían tallas procesionales del resucitado, aunque obviamente la Resurrección, como dogma central de los cristianos estaba presente en mul-

²⁰ Reinterpretación popular de una estrofa del Romance I de los “Catorce Romances de la Pasión” del *Romancero Espiritual*. Véase DÍAZ VIANA, DÍAZ y DELFIN VAL, p. 69.

²¹ Reinterpretación popular de la primera estrofa del Romance IV de los “Catorce Romances de la Pasión” del *Romancero Espiritual*. Ibidem, p. 72

²² ISLA, p. 249 y ss.

titud de cofradías. El periodo de dolor y la superación del mismo se hacía en el mundo rural con una imagen del Niño Jesús de Praga en una representación más del renacer, de la vuelta a lo nuevo, de ritos de primavera que de la Resurrección del mismo Cristo, el que había sido paseado dolorido, sufriente y muerto por las calles. La otra manera simbólica de superación del periodo era y en algunos casos es la muerte del judas, la quema del muñeco que representa al discípulo traidor. Algunas localidades como Trespaderne en Burgos lo siguen festejando, mientras que otras como Villardefrades en Valladolid recuerdan la tradición perdida. Los informantes explican que es la venganza sobre Judas como discípulo traidor (entregador) de Jesucristo, pero más allá de eso son ritos a través de los cuales el pueblo se deshace de lo viejo, de lo negativo, de lo que le ha producido dolor, trabajo, hambre, etc. Su estudio está en relación con los muñecos de la Semana Santa de Extremadura, Madrid, Castilla la Mancha, Baleares, etc.

VIVENCIAS RELIGIOSAS, UNA ÚLTIMA NOTA

La Semana Santa sin lugar a dudas también es fe y sobre todo es la devoción en la que se perpetúan manifestaciones heredadas. Cierito es que *de internis non iudicat ecclesia*. Sin embargo, en los trabajos de campo de Valladolid he podido contrastar que, además de la religiosidad que podríamos llamar oficial, o sea, aquella que sigue las normas dictadas desde arriba por los preladados y los que tienen autoridad para ello, hay otra serie de personas que encuentran en la Semana Santa una manera de relacionarse con Dios y con la fe de sus mayores, una manera hasta cierto punto personal, en cuanto que se sustenta en las manifestaciones que ellos mismos deciden, pero que no es individual, pues forma parte de toda una serie de prácticas heredadas. Los practicantes “a su manera”, lo que significa que lo hacen fuera del control de las normas establecidas por la oficialidad, siguen tradiciones de sus mayores como puede ser la devoción familiar a una imagen o la expresión de comunidad a través de una asociación como es la cofradía, pero sobre todo a través de la asociación con los otros. Se trata de la manifestación de respeto por las tradiciones del grupo, la rememoración de otros momentos, de otras vivencias, de otras maneras de ser, de otras maneras de estar. Esto se demuestra en cantidad de ejemplos en los que el protagonista que no siendo practicante al uso no pierde, por ejemplo, un rito de la cofradía, porque en esa reiteración está presente la rememoración de los otros, de los que se han ido, y en esa rememoración la revitalización, la pervivencia de normas religiosas, de valores sociales y de elementos que afloran necesariamente en cualquier grupo que se mantenga unido.

Por eso las prácticas de la Semana Santa en cuanto rememoración del sacrificio del Salvador y el acercamiento

a su Pasión, recuérdese que estas son las constantes que repiten los predicadores y que vienen repitiendo desde los albores de la ascética, tiene sentido en un aquí y ahora por un recorrido de sacrificio físico. El cumplimiento de votos por favores recibidos, o la impetración a la divinidad mover a piedad para que sea propicia en la ayuda a los fieles.

Todo lo dicho hasta ahora no significa que la Semana Santa sea o parezca fundamentalmente profana pues es tremenda y profundamente religiosa. Primero, porque una procesión, cualquier procesión de Castilla, centro de atracción de los turistas y los curiosos, no es un mero desfile de un grupo más o menos numeroso de personas, sino que son cofrades puestos en fila para acompañar a un paso que para ellos tiene un significado más profundo. Si alguien, por poner un ejemplo, quisiese reproducir una procesión cualquiera contratando para ello a un grupo de actores, aunque le diese las normas más certeras sólo conseguirían un desfile, no una procesión, porque la procesión, más allá de los pasos y más allá de la estética es un conjunto de personas motivadas para ello.

En cualquier caso la Semana Santa es el momento en el que se desarrollan, o mejor, se ponen en escena una serie de manifestaciones que dada su complejidad son inaprensibles para los no iniciados. La Semana Santa se mantendrá mientras exista la posibilidad de poner de manifiesto todos estos caracteres y por eso la Semana Santa castellana no existe, existen las “semanas santas castellanas”, unas más famosas que otras porque unas responden mejor a los paradigmas que se han trazado desde el turismo, desde la estética, desde la posmodernidad. La valoración de la Semana Santa castellana deber hacerse en su polisemia o de lo contrario corremos el riesgo de que empobrecerla y hacer de ella una caricatura bella en vez de poner de manifiesto la poética y la estética que le dan vida.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO GONZÁLEZ, J. *Fiestas populares de Castilla y León. Recorrido por los principales festejos populares y gastronómicos*. Valladolid: El Mundo de Castilla y León, 2005.
- ALONSO PONGA, J. L. (coord.); ASENSIO MARTÍNEZ, V.; DUQUE HERRERO, C. y PÉREZ DE CASTRO, R. *La Semana Santa en la Tierra de Campos vallisoletana*. Valladolid: Grupo Página, 2003.
- ALONSO PONGA, J. L. y PANERO GARCÍA, P. (coords.). *Gregorio Fernández: Antropología, Historia y Estética en el Barroco*. Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid, 2008.
- ALONSO PONGA, J. L. “La Semana Santa en Castilla y León: Armonía y superación de contrarios”. En *Rito, Música y Escena en Semana Santa*. Madrid: Comunidad de Madrid. Consejería de Cultura, 1994, pp. 117-138.
- “Más allá de los pasos”. En *Memorias de la Pasión en Valladolid*. Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid y Junta de Cofradías de Semana Santa de Valladolid,

- 2005, pp. 89-112.
- ASENSIO MARTÍNEZ, V. y PÉREZ DE CASTRO, R. "La Semana Santa en Medina de Rioseco: jerarquía y ritos procesionales (siglos XV-XVIII). En *Cultura y Arte en Tierra de Campos. I jornadas Medina de Rioseco en su Historia*. Valladolid: Diputación Provincial, 2001.
- BURRIEZA SÁNCHEZ, J. *Cinco siglos de cofradías y procesiones. Historia de la Semana Santa de Valladolid*. Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid y Junta de Cofradías de Semana Santa de Valladolid, 2004.
- DÍAZ VIANA, L., DÍAZ, J. y DELFÍN VAL, J. *Catálogo Folklórico de la Provincia de Valladolid. Vol. V. Cancionero Musical. Segunda Parte*. Valladolid: Institución Cultural Simancas, 1982.
- EGERIA. *Itinerario*. Presentación por Florentino Díez Fernández. León: Edileisa, 2007, pp. 91-99.
- FRAZER, J. *La rama dorada. Magia y religión*. México: F.C.E., 1965.
- GARCÍA GUTIÉRREZ-CAÑAS, M. A. *Esplendor, Ocaso y Resurrección; las Procesiones Vallisoletanas de Semana Santa. Siglos XVI al XX*. Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid, 2000.
- GÓMEZ PÉREZ, E. y MARTÍNEZ, R. A. *Semana Santa en Palencia. Historia, Arte y Tradiciones*. Palencia: Ediciones Cálamo, 1999.
- GÓMEZ PÉREZ, E. *La Semana Santa en la ciudad de Palencia. Cofradías, pasos, procesiones y tradiciones*. Palencia: Ayuntamiento de Palencia, 2005.
- GONZÁLEZ GARCÍA, J. A. *La Semana Santa. Cofradía de las Siete Palabras. Valladolid*. Valladolid: 1998.
- HOBBSAWM, E. y RANGER, T. (eds.) *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica, 1983.
- ISLA, F. J. de. *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*. En *Obras escogidas con una noticia de su vida y escritos*, P. F. Monlau (ed.). Madrid: BAE, T. XCV, 1945, p. 249.
- MATEOS RODRÍGUEZ, M. Á. (coord.). *La Semana Santa en Castilla y León*. León: Junta de Castilla y León y Edileisa, 1993.
- PINHEIRO DA VEIGA, T. *Fastiginia o Fastos geniales*. N. Alonso Cortés, Ed. y traductor. Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid, 1573.
- UNAMUNO, M. "Jueves Santo en Medina de Rioseco". En *Diario El Sol*, 1932.
- VV.AA. *Apasionarte. Pasos de Palencia. Exposición Iconográfica*. Palencia: Ediciones Cálamo, 2006.